

EL GENERAL QUE ESPERA:

IGNACIO ALLENDE

David Martín del Campo



Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



**MÉXICO
2010**



EL GENERAL QUE ESPERA: IGNACIO ALLENDE

David Martín del Campo

APENAS CRUZAR LA CALLE Y SE ENTRABA EN LA PARROQUIA de San Miguel el Grande. Ahí estaba el arcángel sosteniendo su deslumbrante espada. “¿Para qué?”, se preguntaría el niño mientras contemplaba la hermosa figura. Quizá eso pensaba el niño Ignacio Allende y Unzaga, quien nació en 1769 en esa casa que ahora es un museo que lleva su nombre.

La casa es de cantera y tiene un patio central donde Ignacio jugaba con su caballito de madera. Eso tal vez marcaría la vida de aquel inquieto muchacho que eligió la carrera de las armas. A los veintiséis años fue nombrado capitán del Regimiento de Dragones de la Reina, acantonado en el poblado que hoy también lleva su nombre.

En 1810 México era parte del Imperio español. Por aquel tiempo las tropas de Napoleón habían

invadido España y mantenían al rey Fernando VII como rehén. Es decir, el monarca de España y de la Nueva España había sido destronado. Eso ocasionó que en las posesiones españolas de América muchos aspiraran a tener un gobierno propio e independiente.

Ignacio Allende, como muchos otros oficiales, abrazaba esas ideas revolucionarias. Así fue como en diversos sitios comenzaron a reunirse abogados, militares y eclesiásticos que compartían en secreto esos ideales. Los participantes de aquellas “tertulias” en la ciudad de Querétaro solían conversar en diversas casas, entre otras en la del corregidor de la ciudad, don Miguel Domínguez, y su esposa, doña Josefa Ortiz.

La Corregidora, de alma “ardiente y tierna” y cuyo entusiasmo por la causa asombraba a todos, organizaba algunos de esos “fandanguillos” en que se citaban los conjurados del Bajío, entre los que contaban el teniente Juan Aldama y don Miguel Hidalgo y Costilla, párroco de Dolores, reconocido por su erudición y sus ideas liberales. Sin embargo, quien estaba destinado a encabezar la rebelión era el capitán Ignacio Allende, por tratarse de la persona con más experiencia en el

arte de la guerra, además de que era sobradamente valeroso.

El 11 de septiembre llegó a manos del virrey, Francisco Javier de Venegas, una denuncia en que se revelaba la conspiración. El día 15 el corregidor de Querétaro tuvo conocimiento de la delación y lo comentó a su mujer, a quien dejó encerrada bajo llave temeroso de que comprometiera más la situación. Doña Josefa no lo pensó dos veces y esa misma noche ordenó a un mensajero que partiera hacia San Miguel para alertar al capitán Allende.

Así fueron informados Allende y Aldama, quienes reunidos en la casa del padre Hidalgo reflexionaron en torno a la gravedad de los hechos. La insurrección no podía ser aplazada un solo minuto, por lo que resolvieron sublevar esa misma madrugada (del 16 de septiembre) a los lugareños que ya acudían a misa. Fue cuando Allende comprendió que no sería él quien encabezaría el alzamiento.

—Pues bien, señor cura —le dijo Allende a Hidalgo—, echémosles el lazo, seguros de que ningún poder humano podrá quitárselos.

A lo que Hidalgo contestó: —Parece que estamos perdidos y no queda más recurso que ir a atrapar gachupines.

Así dio inicio la revolución en la que Allende se encargaría de organizar al ejército libertador. De Dolores marcharon esa misma mañana a Atotonilco, donde Hidalgo enarboló un estandarte de la virgen de Guadalupe como bandera insurgente. El avance de la multitud era avasallador. De Atotonilco se dirigieron a San Miguel, donde Allende incorporó al grueso de su Batallón de Dragones para dotar de disciplina militar a ese contingente que sumaba ya miles. De San Miguel marcharon a Celaya, a Irapuato, a Guanajuato. Ahí ocurrió el terrible asalto a la alhóndiga de Granaditas, donde murieron muchos españoles que se refugiaban dentro. Luego vino el saqueo de los comercios y todo eso indignó al capitán Allende, porque rechazaba el desorden. Por estas razones comenzaron sus discrepancias con el padre Hidalgo, quien, nombrado ya capitán general, disculpaba aquellos excesos.

En la Ciudad de México, mientras tanto, el virrey Venegas era informado de todo y a su vez ordenaba al general Félix María Calleja, comandante en San Luis, que combatiera a los sublevados. Cuando los insurgentes llegaron a Valladolid (hoy Morelia) sumaban sesenta mil hombres. Y como era imposible evitar de nuevo el saqueo, Allende ordenó disparar cañones para

amedrentar a la turba. Fue cuando se decidió el ataque a la Ciudad de México. Allende coordinaba el avance de aquella masa que “más que un ejército —decían— semeja una peregrinación”. Así llegaron a Maravatío, Ixtlahuaca y Toluca.

El ejército de Calleja inició su avance pero sólo alcanzó Querétaro. El comandante de la Ciudad de México, Torcuato Trujillo, fue quien se encargó de enfrentar a los insurgentes. Hubo combates en Toluca y Lerma, pero la batalla decisiva se presentó en el Monte de las Cruces. Allende dispuso el ataque: una parte de la infantería debía lanzarse por la llanura, otros se adentrarían en el bosque para sorprender por la retaguardia. En medio del combate, un golpe de metralla mató al caballo de Allende, quien se repuso y emprendió el ataque a la artillería enemiga porque ésa iba a ser “su batalla”.

Al saberse derrotado el comandante Trujillo emprendió la huida acompañado por varios capitanes, entre otros Agustín de Iturbide.

Lo que seguía era la ocupación de la ciudad capital, objetivo del que era partidario Allende, aunque no el generalísimo insurgente. La idea se desechó en parte por temor a que la multitud repitiera su frenesí destructivo, en parte también porque muchos estaban deser-





tando y yéndose a sus rancherías. Ahí ocurrió el mayor desacuerdo entre Allende y el padre Hidalgo, que a la larga los condenaría.

Ante la duda, resolvieron marchar hacia el Bajío y tal vez ocupar Querétaro. Seis días después se toparon en Aculco con Calleja al frente de un ejército de siete mil hombres. Por fin les daba caza. Aquella fue una batalla desigual —regimientos a tambor batiente contra la multitud confusa, fusiles contra lanzas—, que terminó en desastre. Separados en la confusión, Hidalgo y Allende huyeron cada cual por su lado. El primero con rumbo a Valladolid, el segundo hacia Guanajuato, acompañado por Aldama y Abasolo.

Una vez en la ciudad minera, Allende preparó la defensa. Sembró explosivos en la cañada del Camino Real y montó una batería de veintidós cañones. Aprovechó para enviar una carta al padre Hidalgo en la que le manifestó su amargura ... “Mas si empezamos a tratar de las seguridades personales, tomaré el separado partido que me convenga”.

Mientras tanto Calleja, que tiene más colmillo, rodea la ciudad. Presenta combate en el Rancho de Molineros y hace trescientos muertos a la tropa insurgente. Allende, desesperado, huye hacia la sierra con el resto

de su ejército. Enfila hacia Aguascalientes, donde trata de adiestrar a sus artilleros, que tanto le han fallado. En eso ocurre el incendio de un polvorín, y el primero en meterse entre las llamas para salvar heridos es Allende, quien luego decide marchar hacia Guadalajara, donde el generalísimo ha sido recibido como héroe. El 12 de diciembre llega con sus tropas y es abrazado por el padre Hidalgo como si nada hubiera ocurrido. Ahí se entera de que por las noches, y con conocimiento de Hidalgo, decenas de españoles son ejecutados y arrojados en la barranca. Allende se lo echa en cara, pero Hidalgo permanece impasible.

Algo grave se anuncia en el horizonte. Es el general Calleja, que ya se aproxima. Viene con ocho mil hombres y bastantes cañones. Hidalgo ordena ir a su encuentro. El combate ocurre a veinte kilómetros de Guadalajara y será recordado como “del Puente de Calderón”. Los ejércitos se citan junto al río Santiago. Una vez más Allende se muestra receloso de presentar batalla campal con aquella masa indisciplinada. “Sería mejor dividirnos, atacar en grupos”, pero su plan es desechado. Los insurgentes superan los noventa mil hombres, aunque bien armados van sólo cuatro mil.

El combate inicia el 17 de enero y dura todo el día. En un momento los rebeldes están a punto de alcanzar la victoria, pero entonces Calleja ordena replegarse y avanzar con los cañones... una granada va a dar a un carro de municiones de las filas insurgentes. La explosión es de espanto. Los campesinos corren despavoridos y detrás de ellos van los dragones de Calleja empuñando el sable. Se ha perdido la batalla, y Allende lamenta haber tenido la razón.

Los caudillos logran salir ilesos. Primero se dirigen a Aguascalientes, pero ante el peligro deciden enfilarse hacia Zacatecas. En la hacienda de Pabellón delibera la junta de oficiales, decretan una medida extrema: Hidalgo ya no será generalísimo del ejército insurgente. El cargo lo ostentará ahora Allende. Abatido, el párroco de Dolores acepta el fallo. Luego sigue la marcha hacia Saltillo, donde se reúnen con las fuerzas de Mariano Jiménez.

Mientras los insurgentes van hacia el norte, los alcanza un mensajero del virrey ofreciéndoles amnistía e indulto. Allende e Hidalgo rechazan el ultimátum. “El indulto es para los criminales —responden en una nota— no para los defensores de la Patria.” El documento está firmado en Saltillo, donde finalmente re-

suelven internarse en los Estados Unidos y desde allá reorganizar la lucha. El 16 de marzo delegan el mando del disminuido ejército en Ignacio Rayón.

En el camino, días después, se encuentran con la columna de Ignacio Elizondo, que los ha traicionado. El sitio se llama Acatita de Baján. Uno a uno los carros donde viajan los caudillos van siendo capturados. Al intentar el arresto de Allende ocurre un altercado... él se defiende y el hijo del prócer, Indalecio Allende, cae muerto. Hidalgo, Aldama, Jiménez y Allende, además de otra docena de jefes insurgentes, son juzgados por un consejo de guerra. Se les condena al fusilamiento por la espalda, “como traidores”.

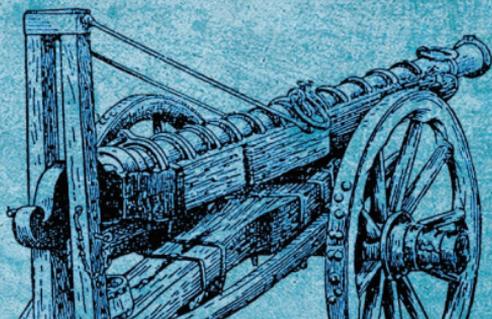
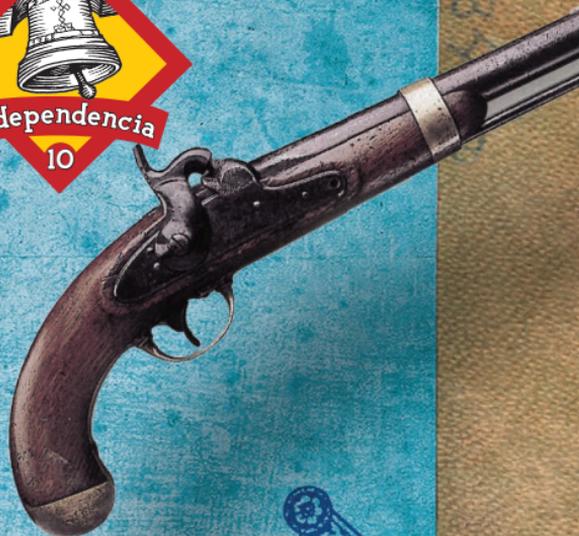
El 26 de junio de 1811, en la Plazuela de los Ejercicios de la ciudad de Chihuahua, Ignacio Allende y Unzaga es conducido al paredón. Han pasado cuarenta semanas desde el alzamiento en Dolores, y quizás el que fuera teniente de los Dragones de la Reina tenga un momento para recordar las mañanas ante el arcángel de la parroquia con la espada en alto. Ahora sabe para qué.



Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Vélez,
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010

